



# Pasado, presente y futuro de Alan García

*En los días de las celebraciones por el Día de la Fraternidad Aprista, decidimos tocar un tema importante y —por lo menos para nosotros— controversial: Alan García como candidato y hasta como futuro presidente del país.*

*Escogimos una amplia gama de escritores, que iban desde apristas hasta críticos; y si no hemos logrado toda la pluralidad deseada es porque muchos prefieren no poner en blanco y negro lo que piensan de Alan García, a favor o en contra. Aunque hubo un artículo que ayudó.*

*Las preguntas enviadas para el ejercicio fueron: ¿Ha cambiado Alan García? ¿Ahora sí sería un buen gobernante? ¿Qué pensamos de sus posiciones hoy? ¿Qué hacemos con las acusaciones que él resolvió acogiéndose a la prescripción? ¿Y qué con su pasado en materia de derechos humanos? ¿Por qué despierta tanta adhesión y, a la vez, tanta animadversión? ¿Qué opina en general de Alan García como candidato y Presidente de la República?*

*Advertimos desde el inicio que éramos conscientes de que no somos neutrales respecto del tema; además, admitimos que en las distintas posiciones hay personas “respetables”.*

*Forma parte del bloque, también, un artículo del director de la revista que explica estos términos de referencia como punto de partida.*

*Reproducimos, asimismo, el artículo que Gustavo Gorriti publicó en su página del domingo 20 de febrero en La República, no solo por su calidad, sino porque nos sirvió de musa.*

**D**entro de un año, los peruanos decidiremos si continuamos en la precariedad política o nos encaminamos por un nuevo rumbo. Ya van tres lustros de predominio de los *outsiders* y de sus bastardos esquemas de gobierno. El *qualquierismo* ha impedido que se consoliden las instituciones porque el poder se usa para el interés particular.

Las elecciones encuentran una sociedad desencantada, situación a la que ha contribuido el agónico gobierno de Alejandro Toledo. Su incapacidad lo hizo perder representatividad desde los primeros meses. Tras diez años de autoritarismo neoliberal y de una corrupción sin precedentes, pasamos a otros cuatro de desorden e insolvencia. En consecuencia, existe la peligrosa sensación de que la democracia es incapaz de solucionar los problemas. El sueño de una sociedad ordenada, con justicia e igualdad, capaz de lograr el bienestar de los peruanos, se convierte en la meta de las fuerzas políticas.

La propuesta del Partido Aprista tiene varios aspectos. Como tarea principal se promueve el consenso para construir de manera duradera la comunidad política democrática. La exigencia es de tal envergadura que puede decirse que se trata de un compromiso por la refundación de la República. Las bases para conseguir el objetivo las dejaron los viejos revolucionarios liberales del siglo XIX y los reformadores sociales del siglo XX. De las constituciones heredadas de la Carta de Cádiz hasta el constitucionalismo social de 1979, inspirado en la Declaración Universal de los Derechos Humanos de las Naciones Unidas, surgen las pautas para afianzar

la nueva república. Construir la sobre la soberanía popular para hacer realidad los derechos humanos es la fórmula que fusiona el discurso de las libertades con el del bienestar.

Los derechos humanos expresan la autonomía ética de la persona, cuya realización debe ser propiciada por las instancias de autogobierno. Así, se obliga al Estado a generar las condiciones para que los ciudadanos desarrollen sus capacidades desde la igualdad de oportunidades.

Para un proyecto de esta dimensión, se plantea el Frente Social. Se lo concibe como un punto de encuentro de las organizaciones de la sociedad civil, que permita recoger la pluralidad de intereses que encarnan y traducirlos en voluntad estatal, mediante los lineamientos del plan de gobierno. De esa forma se consigue un doble propósito. Por un lado, se hace del partido un instrumento efectivo de intermediación entre la sociedad civil y el Estado; y, por otro, se garantiza la fiscalización de las acciones de Gobierno por esas mismas organizaciones autónomas.

Para que la propuesta camine con paso seguro, el aprismo ha diseñado un cronograma que facilite la concertación de fuerzas democráticas y que consolide los vínculos con las organizaciones de la sociedad civil. Ha fijado como plazo el 15 de octubre, lo que hace posible trabajar en esta perspectiva durante poco más de medio año. Incluso, el mismo Alan García ha puesto a disposición su candidatura si obstaculiza el trabajo de frente único.

La creación de las condiciones para que se apliquen políticas de

Estado que hagan duradera e irreversible la democracia demanda un sólido sistema de partidos políticos, capaz de comprometerse en ese propósito. El *qualquierismo* ha generado un gran desorden que, añadido a su utilitarismo ramplón, ha convertido el presupuesto en un botín. Se ha abierto un hueco negro que atrae a los oportunistas, convencidos de que basta con ponerse la etiqueta del partido y gastar lo que sea, para hacerse del poder y resarcirse luego con creces.

La profundización y ampliación participativa de la representación ciudadana, la consistencia de las instituciones y de los órganos de autogobierno, la descentralización, la promoción de los sectores productivos, la inversión y el empleo digno, la tributación progresiva, las políticas sociales con servicios públicos de calidad, la recuperación de los derechos sociales, requieren una apuesta de largo plazo y gobiernos con fuerte respaldo ciudadano.

En América Latina hay ejemplos de que ello es posible. Así lo demostraron los liberales y conservadores colombianos tras la dictadura de Rojas Pinilla o los venezolanos luego de que derrocaron a Pérez Jiménez. El ejemplo más reciente lo da la Concertación chilena, que unifica a democristianos y socialistas, rivales históricos, en un acuerdo de progreso y paz social.

La construcción de una sociedad política democrática es todavía un sueño en el Perú. Pasa por la derrota definitiva de las tendencias dictatoriales y autoritarias y por la superación de la precariedad en la que nos ha sumido el *qualquierismo*. La gobernanza

requiere una trayectoria determinada, partidos fuertes, propuestas elaboradas y, sobre todo, capacidad de escuchar y de insertarse en la sociedad, para saber representarla.

El Perú no puede pensarse como un Estado débil ni, menos, aislado del mundo contemporáneo. La globalización nos impele

a entrar con pie firme en la formación de los grandes bloques regionales que dominan el mundo. En ese sentido, la Unión Sudamericana, con sus 380 millones de habitantes y sus 900 mil millones de dólares de producto bruto, como unidad no solo económica sino también política, es un paso clave para

afrontar los desafíos del siglo XXI.

Esta vieja bandera de la unidad continental, que negó por décadas la existencia constitucional del APRA y de Víctor Raúl Haya de la Torre, nos abre ahora las puertas del futuro. ■

## El factor Alan García

**gustavo  
gorruti**

Codirector de *La República*

**Y**a sabemos qué nos trajo Alan García en el pasado. Lo que importa ahora es saber qué nos traerá en el futuro.

Porque, pase lo que pase, en casi todo escenario previsible durante este año y el siguiente, García protagonizará un papel central en la dinámica del poder en el Perú.

Es y será un protagonismo complejo —puesto que ni García ni sus rivales, ni sus aliados, ni sus enemigos la tendrán fácil—, que sugerirá maniobras intrincadas, con una alta posibilidad de error para todas las partes y con difíciles resoluciones. García estará en el cuadro, aglutinando algunas banderas aliadas y muchas enemigas. Nadie le puede pronosticar el triunfo ni tampoco el fracaso, pero sí, con certeza, el protagonismo.

Aun ahora, cuando está apenas por empezar el precalentamiento de campaña, García aparece como una presencia disyuntiva, contradictoria y central en la visión de los peruanos. La última encuesta de la Universidad de Lima, por ejemplo, reproduce un patrón que ha cambiado poco en los últimos años. En el rango de la simpatía política, Alan García aparece en tercer lugar —detrás de Luis Castañeda Lossio (la encuesta fue hecha solo en

Lima) y de Alberto Fujimori—, con un 15 por ciento de preferencia, que representa un avance perceptible frente al 12 por ciento que lo prefería en diciembre del año pasado. Él y Castañeda son los únicos que han crecido más de dos puntos porcentuales en simpatía desde diciembre. Pero Castañeda no parece tener proyección nacional y Fujimori, anula-

9,9 por ciento del segundo lugar, el inviable Alberto Fujimori, y del 9,7 por ciento del tercer lugar, el improbable Rafael Rey.

Pero, a la vez, Alan García lidera holgadamente el ranking negativo: el de los políticos más detestados. A la pregunta de: "¿Cuál de los siguientes políticos le simpatiza menos?", el 35,6 por ciento respondió que el primer suscitador de sus fobias es García, frente al 26,5 por ciento de quienes detestan a Alberto Fujimori.

Es un error, me parece, pensar que ese protagonismo simultáneo de simpatías y antipatías reproduzca el patrón de aprismo y antiaprismo. Alan García y el APRA no son lo mismo. Hay ahí, en el mejor de los casos, una inquieta simbiosis que en un caso sueña con la independencia y en el otro teme el abandono.

Durante el fujimorato, el APRA intentó vivir sin el entonces desacreditado García (tanto por las memorias cuanto por la campaña de vilipendio que la dictadura desató contra él), y no lo logró. Hubo quienes, desde el APRA, le reclamaron al entonces zaherido "reo contumaz" que viniera al Perú de entonces a ponerse a derecho de lo torcido (y que después, imagino, han rogado que las memorias olvi-

*García es un magnífico conversador... pero leerlo deja la sensación de que en el ámbito alimenticio deja una hamburguesa de Mac Donald's o de Burger King.*

da toda posibilidad de protagonismo, apenas conserva una homeopática capacidad de endoso.

Además, ante la pregunta de a quién se considera el principal líder de la oposición, Alan García aparece primero, como el más señalado opositor, y por lejos. Su 42,7 por ciento es seguido por un



*Orador frondoso y dirigente carismático, sabe que el APRA lo necesita y, a la vez, que él necesita al APRA.*

den sus palabras); y el resultado fue resultados electorales de un dígito, y de los bajos.

Cuando, derrocada la dictadura, García volvió al Perú, su capital electoral era ruinoso y su candidatura presidencial no parecía tener futuro. Sin embargo, capitalizando sus propias virtudes de candidato y los defectos ajenos, García surgió de entre los cojeros, avasalló rivales mientras adormecía memorias, entró con fuerza en la segunda vuelta y estuvo muy cerca de ganar la presidencia.

Si bien cualquier evaluación honesta necesariamente calificará la presidencia de García, entre 1985-1990, como muy mala; también es cierto que por poco que se conozca el arte de la campaña electoral, se verá que García destaca de lejos como el mejor candidato en campaña que ha producido el Perú en los últimos treinta años, y quizá el mejor orador y seductor de masas en Latinoamérica.

Esa combinación de capacidad de seducción frente a las luces rojas de peligro que encienden los recuerdos; del hombre que convoca al futuro sin haber resuelto su pasado; del candidato que hipnotiza con evocaciones oratorias que navegan fluida-

mente entre los medicamentos baratos y la nanotecnología; con acentos y mensajes y prosodias y tribunas que muchos consideran anacrónicos —en los tiempos del *sound bite*, de los *spin doctors* y de las frases maquilladas—, pero que, pese a todo, terminan funcionándole bien.

En las contadas ocasiones que he conversado con él, he encontrado que Alan García es un interlocutor fascinante, con una mente ágil, muy intuitiva y con sorprendente versación en una gama amplia de temas y de asuntos.

Pero ahí reside otra paradoja interesante: García es un magnífico conversador y, a la vez, un mal escritor. Lo digo sin ánimo peyorativo alguno. No es un escritor terrible; es inteligible y por momentos legible, pero en conjunto es un mal escritor. Leerlo deja la sensación de que en el ámbito alimenticio deja una hamburguesa de Mac Donald's o de Burger King, para ser equitativo.

¿Emerge alguna conclusión relevante de esa paradoja? Creo que sí. Para escribir bien se precisa, entre otras cosas, una implícita consistencia. La oratoria puede ser refulgente aunque sea desar-

ticulada y hasta contradictoria. No así la palabra escrita, que permite ver los huecos argumentales, las manchas estéticas, las inconsistencias y las superficialidades. Y mucho de eso hay en la presentación programática de Alan García y en la del APRA y, mucho más y peor, en la irresuelta relación con su pasado.

Es ese último aspecto el que pesará en cada paso de la campaña, como pesó ayer y pesa hoy. Lo puedo expresar simplemente así: A García, el pasado le pesa casi con fuerza de condena; pero el APRA necesita a García, si quiere ser algo más que un 5 por ciento; el APRA subordina entonces toda otra consideración a la de proteger a García, para que el prodigioso candidato pueda llevarlos de nuevo al poder. A la vez, García necesita al APRA, porque sin ellos queda expuesto, pero sabe que él solo pesa más que toda su organización. Entonces, él manda y ellos obedecen; pero uno y otro sueñan a veces con la libertad. El político profesional que quisiera escapar, por momentos, de lo que es, y que nunca lo hará; y el partido que lo sufre y al que él en ocasiones desprecia.

Dicho esto, añadido que, con todo, García fue y es un político demócrata. No es que no le haya faltado tentaciones. Como él mismo escribió en su *El mundo de Maquiavelo*.

"—¡Caray! —se dijo García en la azotea. ¡Qué imbéciles hemos sido! Estos sí saben utilizar el poder sin palabreo [...] Qué imbéciles —repetió—, con palabras y discursos, cuando la cosa es mediante los hechos consumados."

No, doctor García. La cosa es con palabras y discursos. Cuando usted intentó aplicar "los hechos consumados" le fue muy mal. Con palabras y discursos, como ve, le va de maravilla. ■

**S**i hay alguien impredecible en la política peruana, ese es Alan García. Es la porción de su personalidad que, por momentos, él mismo no logra controlar. El problema no está ya en el terreno ideológico. No cabe duda de que en esa área ha evolucionado favorablemente. Ha aprendido que con el déficit fiscal no se juega, aunque todavía se deje seducir por la receta del estímulo artificial al consumo para crecer. Ya no cree en el poder del Estado como acumulador ni como director de la acumulación de capital. Pero el propio intento de estatización de la banca fue mitad ideología y mitad represalia o manotazo contra los doce apóstoles cuando se sintió traicionado por ellos al comprobar que no habían cumplido con realizar inversiones a las que, él creía, se habían comprometido.

La pregunta, entonces, es contra qué reaccionaría en un segundo gobierno si, por alguna razón, cierta o imaginada, se sintiera burlado, desairado, decepcionado o frustrado, sea por algún poder fáctico o por la realidad misma. Es cierto que el moderno marco de políticas hace menos probable que se repita una situación como la del zarpazo estatizador de la banca: una concertación de toma y daca con grandes empresarios fuera de las leyes del mercado, por ejemplo, sería ahora poco posi-

ble. Así, la economía de mercado jugaría un papel preventivo o profiláctico en el sentido de que no daría lugar a situaciones que desaten las iras del poder. Un García en ese marco sería más inocuo.

No obstante, ya vimos algo de ese vaivén emotivo en su conducta como líder de la oposición, que, curiosamente, ha reproducido la trayectoria que tuvo como gobernante. En efecto, durante los tres primeros años del gobierno de Toledo, García jugó a una oposición constructiva, propositiva y sostenedora —con algunos disparos por lo bajo— del régimen, e intentó reconciliar su imagen con el empresariado persuadiéndolo de que había madurado y ahora creía en la ortodoxia fiscal y el mercado. Pero algo ocurrió —alguna decepción o desplante debe de haber experimentado— que cambió de pronto y decidió apoyar un paro general convocado por la CGTP con unas banderas exactamente opuestas a las que él estaba tratando esforzadamente de hacer suyas. Fue un viraje violento a la izquierda coronado con una patadita que, cual acto fallido, lo desmentía todo. Luego de eso, sin embargo, viajó a Estados Unidos para regresar convertido en un apóstol de la inversión privada y del *investment grade*, que logró incluir en el acuerdo nacional.

## El Estado como prolongación de la voluntad

jaimé  
de althaus

Conductor de *La hora N*

Si los virajes abruptos e imprevisibles son ya, al parecer, un patrón de conducta, en el gobierno o fuera de él, ¿podríamos esperar una corrección en un segundo gobierno?

De otro lado, además, también es cierto que aquella concepción del Estado como rector del proceso de acumulación que afloró en su gobierno era no solo ideología sino psicología, prolongación de su desmedido voluntarismo. Este último ha de haberse atemperado con los años, pero probablemente aún exista en dosis acaso no siempre manejables. ¿Cómo se canalizaría dentro de los nuevos paradigmas programáticos? ¿Qué cauces encontrará para desfogarse?

Por supuesto, habría un énfasis mayor que ahora en las políticas públicas activas para promover la producción. Sería extraordinario que se dedicara a promover las concesiones para la construcción de infraestructura pública o la inversión extranjera en proyectos productivos, concretando contactos externos que haya hecho e ideas que haya tomado en los países que está visitando estos meses, siempre y cuando no se obsesione con costosos proyectos faraónicos.

Lo imaginamos impulsando *clusters* y cadenas productivas para exportar, por ejemplo. Y eso no estaría mal, siempre y cuando su



Ernesto Jiménez

capacidad volitiva se detenga en los límites que ponga la realidad económica y no use instrumentos crediticios o tributarios para forzar o favorecer actividades no eficientes con pretextos sociales o lo que fuere.

Tan grave como esto último, o más, sería que se tome en serio la bandera del crédito agrario y despilfarre recursos públicos en préstamos que no serán devueltos en cierta proporción y que, sobre todo, son la solución incorrecta

para el problema equivocado, porque el problema del agro peruano no es el financiamiento sino su bajísima productividad, algo que debe revertirse urgentemente ante el desafío de los distintos tratados de libre comercio.

Sería extraordinario que concentrara sus energías en los programas de lucha contra la pobreza, siempre y cuando su vehemencia por resolver no lo lleve a desbordar los límites presupuestales. Más difícil es imagi-

narlo usando su capacidad de liderazgo para llevar adelante una reforma a fondo del Estado y de la educación, con las dificultades políticas que eso entraña, y sin ceder a las presiones partidarias por empleo burocrático.

En fin, toda una fuerza de la naturaleza que puede resultar muy productiva para el país si está bien canalizada, o muy destructiva si se desmadra o desorienta. ■

## ¿Habrá cambiado?

**N**o hay duda de que esta es la pregunta que se hacen y se harán muchos electores indecisos conforme se intensifique la campaña electoral. Dado que Alan García no es divino, y menos aun imbécil, podemos suponer que efectivamente ha cambiado. El asunto es que el país también; y mucho.

En 1985 Alan ganó, a la cabeza del partido socialdemócrata más importante del continente, derrotando a una izquierda legal que, más allá de su precariedad interna, ocupaba un lugar destacado entre sus pares. Y si a esto sumamos dos movimientos subversivos en desarrollo —uno de ellos liderado por un ex "compañero"—, tendremos el cuadro completo de lo que en su momento Nelson Manrique caracterizó como un "complejo equilibrio" sin visos de resolución en el corto plazo.

Hoy pretende volver a ganar en un país en el que los alineamientos políticos se han desdibujado y la fragmentación social se ha profundizado, acompañada por la desconfianza y el escepticismo. Todo esto en el marco de una economía cuyo crecimiento

provoca más frustraciones que bienestar en las mayorías.

En el contexto del precario equilibrio de 1985, la imagen de fuerza y liderazgo carismático fue decisiva. Pareciera que el humor contemporáneo apunta en otras direcciones. Por ello, el discurso de cambio, con ribetes casi mesiánicos, con el que ganó en 1985, tiene que ser reemplazado por otro. Podría suponerse que lo que hizo o dijo en la campaña del 2001 es un indicio de lo que vendrá. Sin embargo, el carácter excepcional de esa campaña, marcada por la caída y fuga de Fujimori, por las masivas expectativas frente a la restauración democrática, por el impacto de la lucha contra la corrupción, le dieron un carácter irreplicable. No es casual que al final quedasen enfrentados el ex presidente perseguido y el líder de la protesta callejera. Disputaron símbolos y gestos. El programa se improvisaba al gusto de la plaza.

Por otro lado, la campaña del 2001 le dejó a Alan y al APRA una varilla sumamente alta. Lo que en ese momento fue un resultado exitoso imprevisto, hoy es un peso muy grande de cara al

2006. Cualquier resultado inferior será una catástrofe; es decir, no hay lugar para la derrota.

Alan hizo de su cambio uno de los temas de la campaña del 2001. Y si bien el electorado le respondió, no ha terminado de ganar esa batalla. No es que alguien piense que, en caso de ser elegido Presidente, volvería a estatizar los bancos u ordenar la intervención militar de los penales, para mencionar dos de sus decisiones más criticadas. Lo que se piensa es que, con Alan, nunca estarán del todo claros los mecanismos y las intenciones a través de los cuales aquellas se convierten en decisiones políticas. Así planteado, pareciera que el problema es la psicología del personaje. Pero no es así: se trata de un problema eminentemente político. Porque lo que debemos reclamar de nuestros líderes políticos no es precisamente salud mental a toda prueba —algo de locura se requiere para pretender gobernar el Perú—, sino que reconozcan arreglos institucionales que garanticen procesos de decisión razonables —esto es, que sean parte de instituciones políticas de las cuales se sientan "man-

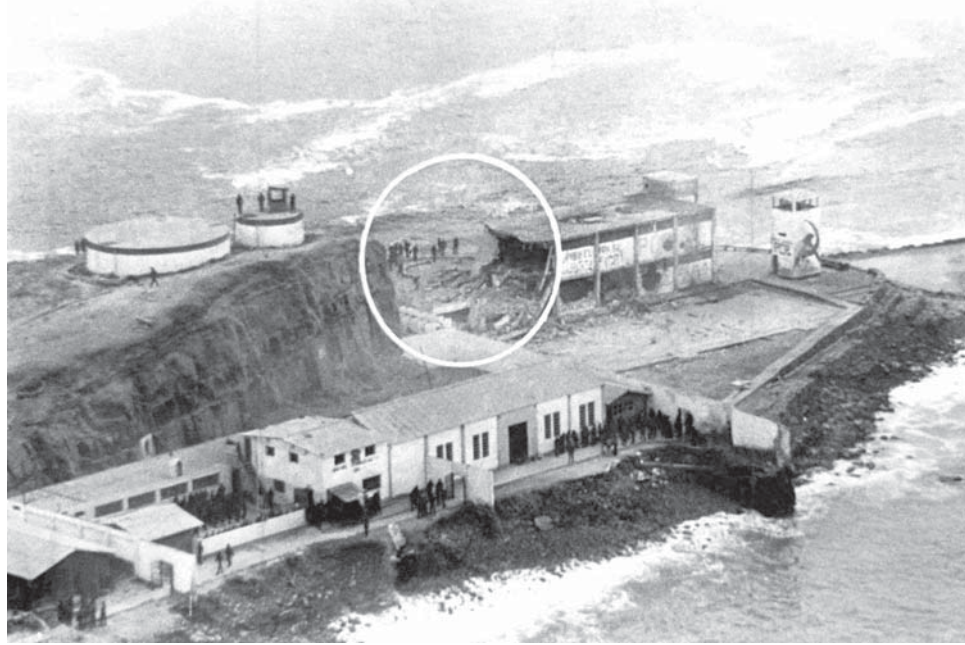
eduardo  
cáceres

Analista político

datarios", es decir, vinculados por un "mandato" recibido—.

Y es en este terreno donde subsiste uno de los déficit más importantes de Alan, así como de otros líderes políticos nacionales. Por ello, la pregunta por el candidato hay que trasladarla al partido. Siendo el APRA el mejor organizado del país, el simple hecho de tener historia genera alrededor de él sentimientos encontrados: lealtad visceral, temor y antipatía, odio (también visceral). Como lo sabe bien, Alan se cuidará mucho de anunciar un gobierno de partido.

Pero, ante la ausencia de una institucionalidad política más amplia en la cual inscribirse —y a la cual sujetarse—, volverá a dar la imagen de un gobierno bastante personalizado, figura que no le disgusta al líder aprista, dicho sea de paso. Un gobierno arbitrario, en el sentido etimológico del término. La convocatoria a un vago "frente social" no disipa esta perspectiva. Más bien la refuerzan gestos contradictorios: sumarse a un paro nacional liderado por la CGTP y tratar de convencer a Wall Street de que con él las inversiones privadas no sufrirán ninguna modificación; reclamar



*El Frontón, 18 y 19 de junio de 1986. La Corte Interamericana ha ordenado que se reabra la investigación judicial de las ejecuciones extrajudiciales cometidas en ese penal.*

más gasto y menos impuestos, etcétera.

A esto se suman los pasivos de su gestión pasada, particularmente en el terreno de los derechos humanos. Si bien hay que reconocer que tanto su presentación ante la CVR cuanto el pronunciamiento del Partido Aprista frente al *Informe final* son posiciones más consistentes que las de AP, por ejemplo, es indudable que subsisten serias imputaciones en casos de envergadura: la masacre en los penales, las acciones del mal llamado Comando Rodrigo Franco, las relaciones entre Mantilla y Mon-

tesinos. Sin duda, estos fantasmas rondarán la campaña.

Más allá de la figura de Alan, no cabe duda de que es muy difícil imaginar el futuro inmediato del país sin la presencia del Partido Aprista. Los resultados de la campaña que se inicia tendrán un efecto decisivo en el perfil que adquiera. Es muy probable que sea la última vez que García postule, y al día siguiente tendrán que encarar con toda seriedad el proceso de darle el adiós definitivo al SEASAP y, a la vez, definir con claridad el lugar que pretenden ocupar en la política peruana del siglo XXI. ■

## Alan, el incombustible

pedro  
salinas

Periodista

**A**lan García está acostumbrado a tratar con fuego y a resistir altas temperaturas. Para mí que es adorador de Prometeo, ese griego que robó el fuego. O su terno azul es de asbesto, que es otra posibilidad.

Pero que Alan es incombustible, lo es. De otra manera no se explica su arrollador retorno a la política en las elecciones del 2001, cuando, si le daban unas semanitas más, le volteaba el

partido a Alejandro Toledo. Como tampoco se podría explicar que, hasta la fecha, sea uno de los candidatos con posibilidades de llegar a la presidencia en el 2006, luego de lo que significó el desastre de su quinquenio.

Dos cosas: o los peruanos somos idiotas, o hemos nacido con el gen del Alzheimer. Es eso o se trata de algún virus letal que ha sido inoculado en los ciuda-

danos, parecido a los que atacan a las computadoras.

¿Es que acaso hemos extraviado de la memoria lo que significó para el Perú el despilfarro, el desgobierno, la corrupción, el desarrollo de la subversión, la desbocada hiperinflación que llegó hasta 7.650 por ciento, el crecimiento avasallador de la pobreza, la desaparición de la inversión extranjera, todo ocurrido durante la gestión de García?

¿Cómo ha hecho Alan para desvanecer información capital del recuerdo colectivo? Porque la crisis a la que nos condujo no fue moco de pavo. Fue más grave que la que experimentó el Perú durante la Guerra del Pacífico.

Solamente para graficar el aserto: una camioneta *station wagon* marca Toyota Corona costaba, en agosto de 1985, 124.000 intis. En julio de 1990, con esa cantidad de dinero se podía comprar apenas media cajetilla de cigarrillos y una cajita de fósforos.

Otra, a manera de ilustración. La primera página de un diario de la época, de setiembre de 1988, para más señas, decía: "Luz restringida. Vuelan diez torres". "Agua contaminada. Falla en La Atarjea". "Muertos y daños. Escalada terrorista". "Colas en grifos". "Escasez de pollo. Mercados desabastecidos". "Sin transporte. Hasta las 10 a.m."

Todo esto pasó en un abracadabrante día bajo el Gobierno de

Alan García. ¿Ah? ¿Qué tal? ¿Ya vamos refrescando la memoria?

Y aquí me detengo, porque si sigo con números y cifras, Ernesto de la Jara me tendría que regalar la edición completa de *ideele*.

Como sea. Lo cierto es que si Alan se mantiene en un lugar expectante es por culpa de Alejandro Toledo, quien resultó siendo un fiasco, aunque menor al desastre que representó García, pero fiasco al fin. Y ello puede haber suscitado el que muchos desorientados volteen la mirada hacia Alan Damián.

Pero ahora voy al tema de fondo. ¿Ha cambiado Alan García? Creo rotundamente que no. El que ha evolucionado notablemente es Jorge del Castillo, pero él no es, lamentablemente, el candidato.

A juzgar por lo escuchado el Día de la Fraternidad Aprista, García sigue cruzando esta vida sin vergüenza. En su mirada puede

verse todavía, tintineante, el látigo de la demagogia y el populismo. Su porte indica que la mentira no tiene patas cortas, sino largas. Su lengua refleja el valor literario de su cinismo. Su sonrisa disecada, siempre lista para la tribuna y la masa gris, ya no encandila como antes.

No: ni ha cambiado ni va a ganar las elecciones. Porque los peruanos no somos ni idiotas ni totalmente amnésicos. De algo nos acordamos. De lo suficiente como para no entronizarlo otra vez en el poder. Y para los que no recuerdan, porque eran muy chicos o porque les falta su dosis de Memorex, estoy seguro de que habrá políticos responsables que se encargarán de evocar la catástrofe alanista durante la campaña electoral.

Porque García sigue siendo el heraldo de la desgracia, el trompetero del Apocalipsis, la Cassandra del fatalismo, el apoderado de la calamidad. ■





## En diálogo con *ideele* sobre el proceso electoral

carlos  
franco\*

Analista político

**A** tiempo de agradecer a los amigos de *ideele* por su invitación a escribir estas líneas, me pregunto cuán relevante resulta ahora centrar la atención en el próximo proceso electoral y, más precisamente, en Alan García. No es que desconozca, por cierto, el interés del tema ni, tampoco, las legítimas expectativas que llevan a *ideele* a plantearlo.

Me refiero a sus esperanzas —implicadas en el reconocimiento de "no ser neutrales en el tema de García"— en que los resultados de esas elecciones no solo permitan el arribo al gobierno de otro candidato, afín a sus propias ideas y valores, sino que, con ello, se promuevan las condiciones que hagan posible realizar los cambios que consideran necesarios para el país.

En realidad, la duda que condujo a formularme dicha pregunta fue si la propuesta de orientar la atención al próximo proceso electoral e iniciar ahora un debate sobre él, tuvo suficientemente en cuenta, no solo las causas y la magnitud, sino la naturaleza de la crisis que experimenta el país, la capacidad efectiva de los retazos institucionales, la cultura política y la ideología promedio de nuestras diversas élites y actores para enfrentarla con un mínimo de eficacia y, finalmente, los modos en que la continuidad o profundización de dicha crisis en los próximos meses pueden concluir "formateando" tanto las condiciones dentro de las cua-

les se desarrolló el proceso electoral cuanto sus eventuales resultados.

Como observará el lector, lo que estoy sugiriendo es que un debate sobre estas cuestiones —que se acompañe de criterios y propuestas políticas para su más efectivo encaramiento— resulta indispensable para definir el marco que permita un intercambio más realista de opiniones sobre el próximo proceso electoral y las posibilidades de Alan García.

[...]

### Una rápida mirada a las próximas elecciones

Cierto es que, en virtud de que la población pobre o excluida del país constituye la vasta mayoría del cuerpo electoral, las agrupaciones políticas que compitan por sus votos precisan tomar en cuenta sus demandas si desean ganar las elecciones. El compromiso, sin embargo, de una parte de ellas —me refiero a las identificadas como expresiones políticas de la derecha— con los intereses de los grupos de poder y las políticas inauguradas en la década de 1990, si bien no les impedirá realizar su tarea por la vía de la fabricación de discursos, promesas y programas *ad hoc*, difícilmente les permitirá obtener la credibilidad y representatividad suficientes para hacerse de la victoria, vistos los cambios producidos en la mayoría del electorado.

Por su parte, las organizaciones políticas situadas a la izquierda

del espectro político y, en esa medida, más dispuestas a hacerse cargo de las demandas de esa mayoría, sea por su débil implantación orgánica en el país, sea por el conocimiento de su historial de divisiones, sea, en fin, por el pragmatismo o, si se quiere, "realismo" que habitualmente conduce a las mayorías populares a evitar el "voto perdido", se encontrarán muy probablemente en dificultades para obtener el triunfo.

No es casual, entonces, que un número creciente de organizaciones políticas, hasta ahora minoritarias en términos de militancia —salvo el caso del APRA— que se definen como expresiones del centro-izquierda y se sienten parte de las corrientes que accedieron al gobierno de varios países de la región en años recientes, consideren disponer de las mejores cartas en el próximo juego electoral siempre y cuando, por cierto, se articulen en torno del "candidato adecuado".

Cualquier previsión, sin embargo, del próximo proceso electoral, no puede dejar de tomar en cuenta el

\* El autor es antiguo colaborador de *ideele*. Su contribución a esta edición llegó cuando el número ya estaba en imprenta y sobrepasaba la extensión fijada, por lo que publicamos extractos referidos al tema de esta sección. En la siguiente edición publicaremos sus apreciaciones sobre la crisis política del país.

contexto en el cual se llevará a cabo. A este respecto, dado que no existe evidencia alguna que permita prever cambios significativos en las posiciones del gobierno frente a las demandas y reivindicaciones populares, lo más probable entonces es que el conocido cuadro de movilizaciones, paros y conflictos —provocados por la resistencia o rechazo oficial a tales demandas y planteamientos— no solo continúe o, eventualmente, se intensifique en los próximos meses, sino que, influyendo en la configuración de las condiciones que acompañen el proceso electoral, en el contenido de las campañas, programas y composición de las alianzas o bloques que en él participen e, incluso, en el tono que adquieran sus disputas, seguirá marcando la evolución del país, incluso en el periodo subsiguiente a las elecciones, sean cuales fueren sus resultados.

Acaso por ello, algunos analistas sigan incluyendo, en la amplia y riesgosa baraja de sus pronósticos electorales, alternativas que van desde el adelanto de las elecciones, sea por el desborde de las protestas sociales, sea por el tardío descubrimiento de algún hecho que invalide la permanencia del Presidente; su postergación, a causa de una campaña exitosa reclamando la formación de una Asamblea Constituyente; la aparición y eventual triunfo de un *outsider* o de algún representante oficial u oficioso de Fujimori; el incremento de las posibilidades de un alto nivel de ausentismo, etcétera, etcétera. Si bien de muy probable ocurrencia, estos pronósticos expresan de algún modo la atmósfera que, eventualmente, puede marcar con su impronta la situación política del país en algunos de los próximos meses.

### De los problemas y tensiones del régimen

Como señalara en otras ocasiones, la evidente crisis que pre-

senta hoy el país solo por extensión puede atribuirse al conflicto entre la escasez de recursos disponibles por el Gobierno y la magnitud de las demandas sociales. Digo por extensión, porque pienso que su origen último se encuentra en un formato del régimen que, por basarse en la combinatoria, por un lado, de la supeditación de la economía, la política, la sociedad y el Estado a las restricciones derivadas de su inserción dependiente en el actual orden capitalista mundial —como de los actores, Gobierno e instituciones internacionales que lo controlan imponiendo a los países un pensamiento "universal" y un modelo "único" de desarrollo—, y, por otro, en la ingenua creencia de que sobre esas bases puede construirse, en las condiciones en que se encuentra el país, una institucionalidad y una cultura política efectivamente democráticas. [...].

El problema político que ello plantea es cómo empezar a modificar tanto el formato del régimen cuanto la combinatoria en que se basa, de un modo relativamente pacífico y concertado y que permita preservar y desarrollar las escasas conquistas que en materia de reformas, derechos, instituciones y participación aún subsisten. [...].

Como no puedo ahora, por las condiciones en que escribo este texto, asomarme siquiera a las complejidades planteadas por estos retos, me limitaré en lo que sigue a dar abreviada cuenta de, al menos, tres de los relativos avances que, en esa dirección, se observan en el plano político.

Me refiero, en primer lugar, a la gradual, aunque desigual, comprensión por las dirigencias partidarias de que no es posible seguir manteniendo el monopolio de la política. Me refiero, en segundo lugar, a su nueva disposición por establecer diálogos, negociaciones, concertaciones y, eventualmente, alianzas, con or-

ganizaciones de la sociedad, sean estas funcionales o territoriales. Finalmente, hago referencia con ello a su creciente conciencia de que tampoco resulta posible gobernar el país en solitario o, dicho de otro modo, de que se hace necesario compartir el poder, concertar su administración y convocar, para ello, a personal calificado haciendo abstracción de su filiación política o de su condición independiente.

Según entiendo, más que expresión personal, deliberada o reflexiva, de tales dirigencias, lo que parece motivar —o imponer— tales avances es la intensidad, escala y magnitud de la crisis del país; su aumentada conciencia del notable descrédito, desconfianza y rechazo ciudadano de la política y sus partidos; el independiente activismo de las organizaciones componentes de aquello que se acostumbra denominar entre nosotros "sociedad civil", y la extraordinaria complejidad de las tareas que deben enfrentar; el acelerado cambio que se produce ahora en el orden mundial y los notorios déficit del país para no solo adaptarse a ellos sino para emplearlos en su beneficio. Pero, también, la necesidad de instrumentar tales avances, sea en función de sus intereses por arribar al poder o de evitar la crisis o el colapso de sus propias organizaciones. [...].

Ahora bien: las circunstancias del país parecen obligar —para los efectos de evitarnos las consecuencias o los rigores impuestos por las modalidades más autoritarias, violentas e incontrolables de poner en obra los cambios que el país precisa— a poner en práctica los citados avances en los plazos más cortos posibles. Una de las preguntas que se plantea aquí es: ¿cuánto depende ello de las modificaciones por introducir en la predominante cultura política del país y de sus principales actores?

[...]

# La hipoteca de García con su pasado

julio  
cotler

Sociólogo

ideele N° 168 / marzo 2005

14

**D**urante los años ochenta del siglo recién pasado, Alan García prosiguió exitosamente la tarea iniciada por Haya de la Torre de cambiar la imagen sectaria del APRA sustentada en el prepotente SEASAP —para los que no lo saben, "Solo el APRA salvará al Perú"— y reemplazarla por otra que privilegiara el papel del partido en fomentar la concordia social, sobre la base de la articulación y representación institucional de intereses nacionales.

Después de las divisiones surgidas con motivo de la desaparición del Jefe Máximo, García logró unificar a la dirección y al partido alrededor de él, lo que le permitió iniciar una política de puertas abiertas del APRA a diferentes personajes y sectores sociales que contribuyeron a consolidar la imagen integradora de García y a otorgarle el triunfo de su candidatura, fundada en una plataforma "nacional, democrática y popular". Mientras tanto, su inmediato contrincante, Alfonso Barrantes, sufría las presiones y los jalones sectarios de las facciones que constituían la Izquierda Unida, lo que determinó su derrota electoral ante García.

Hoy en día, y en preparación de las elecciones del 2006, García quiere reeditar su estrategia de los ochenta invocando la constitución de un "frente social" con el fin de lograr el apoyo electoral de actores y movimientos sociales a su liderazgo político y electoral, lo que es perfectamente legítimo, por si alguien lo dudara.

Como en la anterior oportunidad, García ofrece satisfacer las más contradictorias aspiraciones de diferentes sectores, sin especificar quiénes pagarán los costos;

pero, al mismo tiempo, proclama la necesidad de atraer inversiones y de impulsar la modernización tecnológica del país, sin tener que sacrificar los objetivos nacionales, populares y democráticos de antaño. Este doble discurso responde a la necesidad de mantener la identidad partidaria, al mismo tiempo de tratar de modificar sus ejes ideológicos para atraerse el apoyo de sectores que le faciliten ganar legitimidad en el país y en el extranjero.

Pero las condiciones para la constitución de un frente social son muy diferentes de las de hace veinte años; por lo que, si tal repetición no es una ofensa, ese propósito abre interrogantes sobre la visión que tiene García del territorio en el que se llevará a cabo la competencia electoral.

Si ha pensado en las pocas organizaciones sindicales, gremiales o profesionales que fun-

cionan para crear ese frente, debe de haberse llevado un chasco, puesto que las direcciones de tales organizaciones están afiliadas a organizaciones antagónicas al APRA, llámense el SUTEP, la CITE, la Confiep, entre otras. Este sería el motivo del fracaso de las aproximaciones que hicieran los delegados apristas a ese tipo de organizaciones.

La otra posibilidad que García estaría buscando es articular el frente con los "movimientos sociales". Sin embargo, en las actuales condiciones de erosión institucional y de desafección política e ideológica de amplios sectores sociales, resultado de los desastres y de las transformaciones ocurridas durante los últimos veinte años, y en los que García tuvo un papel protagónico, los movimientos sociales evitan asociarse con las desacreditadas organizaciones políticas, porque el desprestigio que arrastran puede contagiarlas.

Además, a pesar de la apertura de nuevas formas de participación y de mecanismos de innovación social, los movimientos sociales no logran sustituir las funciones de los partidos políticos por su fragmentación social, debido a que persiguen objetivos redistributivos —mal llamados populistas— de carácter corporativo y territorial, de naturaleza local y regional; porque sus actividades y manifestaciones son esporádicas, y sus liderazgos se renuevan con frecuencia y de manera irregular. Por último, algunos de los más importantes movimientos sociales agrupan intereses contrarios a la ley, como es el caso de los cocaleros que, sin embargo, movilizan poderosos re-





Perú.21

*Movilización de maestros, setiembre del 2004. El doctor García ha buscado acercarse, hasta ahora infructuosamente, tanto a los gremios de trabajadores como de empresarios.*

cursos económicos y muchas voluntades a escala regional y nacional.

De ahí que, en las mencionadas condiciones de erosión institucional, el movimientismo persiga sustituir a la acción política, en tanto acción colectiva e institucional, lo que refuerza la desarticulación social y política, y socava las bases institucionales del Estado en los países andinos, tal como acontece en Bolivia, por ejemplo.

Por tales motivos, buscar la constitución de un frente social con los movimientos sociales, en vez de renovar la capacidad institucional de articulación y de representación de los intereses sociales del APRA, constituye un peligro para García y el partido, en caso de que alcanzaran el poder, y mucho más para el frágil y desprestigiado régimen político. En resumen, lo que el país requiere es una nueva y más firme institucionalidad para canalizar los movimientos.

Por otro lado, después de sus viajes de aprendizaje por China,

la India, Chile, y de alguna lectura de Castells, García ha venido dictando cátedra sobre la importancia de atraer las inversiones, promover el cambio tecnológico y, en general, de incorporarse de lleno en la globalización, tal cual

*[...] García ofrece satisfacer las más contradictorias aspiraciones de diferentes sectores, sin especificar quiénes pagarán los costos.*

viene. En este sentido, García dice haber aprendido de los errores del pasado y se propone seguir los ejemplos de Lagos, *Lula*, *Kirchner* y, probablemente, de *Vásquez*. Así, una vez más, el "cono sur" vendría a ser el espejo en donde los "andinos" deberíamos ver reflejado nuestro futuro.

A este respecto, García no tiene dificultades para apoyar indiscri-

minadamente las demandas redistributivas —nacionales, democráticas y populares— de los movimientos sociales; lo que no es tan seguro, sin embargo, es si tiene la misma disposición y capacidad para convencerlos de postergar sus exigencias para atraer las inversiones privadas y, de preferencia, extranjeras. A su vez, ¿qué puede hacer García para asegurar que sus lugartenientes, los cuadros y las bases del partido abandonen sus propios y legítimos intereses particulares y se sumen a su nuevo proyecto del que no tienen parte, evitando que lo tilden de traidor a la causa que Haya de la Torre formuló décadas atrás y que los movimientos sociales lo vapuleen a su gusto?

Aparentemente, García se encuentra hipotecado con un pasado que le resulta incómodo ahora; paradójicamente, ser el jefe de una organización política de fuerte raigambre y sólida organización le impide adoptar nuevos proyectos y favorecer medidas flexibles. Tal vez por esto, demora en decidirse por una alternativa. ■



## Alan, ¿cambiaste?

alfredo  
thorne\*

Economista

*ideele* nos somete otra vez a un cuestionario que resulta interesante, pues aun cuando se centra en Alan, creo que va más allá y abre la pregunta acerca de si los políticos cambian. La historia nos ha mostrado que sí: en América Latina ocurrió con Carlos Menem y Carlos Andrés Pérez, quienes empezaron abogando por el típico populismo latinoamericano y terminaron siendo los reformistas más importantes de América Latina —neoliberales, como a algunos les gustaría recordarlos—.

Pero contestar la pregunta de si Alan realmente cambió resulta un tanto especulativo y poco riguroso, pues solo lo podremos saber cuando esté en el poder nuevamente y no antes. Como hay argumentos en ambas direcciones, el lector podría suponer cierta ambivalencia. Es quizá esa dificultad de leer a Alan lo que hace de él un personaje tan controvertido.

### Churchill en reversa

Cuando Alan llegó al poder en 1985, la población le dio una gran oportunidad. A pesar de que el electorado siempre le tuvo mucha animadversión al APRA como partido, este logró, en 1985 y con un joven carismático como Alan, llegar al poder después de haber modernizado el partido. Al

principio su Gobierno gozó de una gran aceptación popular e inclusive de los empresarios. Alan prometió vencer la inflación, generar crecimiento y favorecer a las clases de más bajos ingresos con un programa económico heterodoxo, no muy distinto del que años más tarde implementaron México y la Argentina, y con gran éxito. Inicialmente, aunque de manera efímera, logró controlar la inflación y hacer crecer la economía después de casi una década de estancamiento, lo que le granjeó una aun mayor aceptación popular.

Pero Alan terminó por convertirse en un Churchill en reversa. Winston Churchill, el famoso político inglés, decía siempre que un buen político es aquel que toma riesgos y abre nuevos caminos y, que aun cuando inicialmente sean impopulares, a la postre resulten en una mejoría del bienestar de la población. Alan, como Churchill, también apostó en política; ambos enfrentaron a su electorado, pero mientras la apuesta de Alan resultó ser el comienzo del fin, la de Churchill fue un éxito rotundo que cambió el curso de la historia moderna.

Me refiero al populismo a ultranza que implementó Alan a partir de 1987 y que llevó al país a una

nueva recesión y mayor inflación. México y la Argentina hicieron precisamente lo opuesto y decidieron combinar su programa heterodoxo de fijación de tipo de cambio con la privatización de las empresas estatales, la liberalización comercial y un programa social; el resultado fue un crecimiento explosivo de la productividad y de la inversión privada y un rápido crecimiento económico por varios años.

Alan, por el contrario, decidió implementar ese populismo barato que tantos problemas había ocasionado en la década de 1970 y que llevó a la economía de la década de 1980 a la mayor crisis económica de la historia moderna. La suya fue una decisión a-histórica, contra las tendencias mundiales que se movían hacia una mayor liberalización de los mercados y a la globalización y que, a la postre, terminaron con el triunfo del libre mercado sobre el estatismo soviético.

Nunca podré entender por qué Alan decidió echar por la borda el apoyo popular y el éxito economi-

\* Las opiniones aquí expresadas son de exclusiva responsabilidad del autor y no comprometen a la institución para la que trabaja.

co que estaba consiguiendo. Algunos dirán que se agotó el modelo heterodoxo, pues resultó en un crecimiento explosivo del consumo, lo que hizo que el crecimiento fuese insostenible. Pero México y la Argentina prueban lo contrario y consiguen un *boom* de inversión privada y crecimiento sostenido con sus privatizaciones y su liberalización comercial.

¿Fue presión política? Quizá. Pero me pregunto: ¿no es acaso la misión de un buen político elevarse por encima de su base popular y liderar al pueblo? Y ese fue tal vez su mayor error: no resistir las soluciones simplistas y cortoplacistas.

### El mundo cambió. ¿Y Alan? Dice que también

Hoy las tendencias mundiales favorecen al nuevo —o renovado— Alan, pues los nuevos políticos han logrado —dentro de lo que se puede y para nuestro beneficio— reconciliar el objetivo de crecimiento y justicia social. Ya no es mal visto ser un socialista convertido; tampoco favorecer al sector privado, predicar el libre comercio, el libre mercado; defender la inversión extranjera y, a

la vez, los derechos de los menos favorecidos. Es cierto: existe un balance precario, como lo muestra el caso de Bolivia. Pero es igualmente cierto que muchos se convirtieron: son los casos de *Lula* en el Brasil; el pragmatismo social del presidente Fox en México; el vociferante Kirchner, que amenaza a los inversionistas pero a la vez practica la disciplina fiscal y monetaria como ningún otro presidente lo ha hecho. Queda Chávez: a pesar de sus discursos anticapitalistas, ha honrado todos y cada uno de sus pagos de la deuda externa.

¿Qué cambió? Los años de reforma económica han convenido a muchos políticos comprometidos con los sectores sociales, como *Lula* en el Brasil, de que el libre mercado tiene sus beneficios y de que es mejor lograr crecimiento con distribución que practicar un populismo que impida lograr el crecimiento necesario para favorecer a los sectores sociales más pobres. Más aun: los años de transformación económica han dado como resultado instituciones que limitan el margen para practicar el populismo latinoamericano de la década de 1960. Más impor-

tante todavía: hay un convencimiento de que las expansiones fiscales que predicaba el populismo solo resultan en hiperinflación, déficit fiscales masivos y que afectan más a los que menos tienen, ya que no hay peor impuesto sobre los pobres que la inflación. Y no hay mejor combinación para el crecimiento económico de largo plazo que uno basado en la inversión privada y políticas públicas que usen esos mayores ingresos en beneficio de los pobres.

Muchos cuestionan aún este nuevo orden, pero les ha resultado muy difícil proponer algo mejor; hasta entonces, es difícil convencer al electorado de algo distinto.

Alan, creo, lo ha entendido, y quisiera jugar con las nuevas reglas. Y uno se queda con la duda sobre si Alan ha cambiado o el nuevo orden lo ha condicionado al cambio. No creo que importe mucho. Lo que sí queda claro es que lo que realmente necesitamos es que estas instituciones que resulten en mayor progreso económico y democrático y limiten la discrecionalidad de políticos alocados se sigan desarrollando. ■



Ernesto Jiménez

"Nunca podré entender por qué Alan decidió echar por la borda el apoyo popular y el éxito económico que estaba consiguiendo."

# El derecho a la verdad sobre Alan García

ernesto  
de la jara

**A**lan García es el líder y soporte principal del Partido Aprista Peruano (APRA), uno de los pocos partidos políticos que existe en un país en el que es precisamente la falta de ellos lo que ha provocado que el sistema político democrático no represente a casi nadie y se esté cayendo a pedazos.

Se puede ser fanático partidario del PAP o fanático opositor a él, o simplemente concordar o discrepar, pero nadie puede negar que se trata de un partido que ha congregado a lo largo de su historia a políticos "respetables", comenzando por su propio fundador, Víctor Raúl Haya de la Torre. No es gratuito que sea casi una tradición nacional distinguir al buen aprista de los otros.

Alan García regresa al Perú en el 2001, después de más de ocho

años de una innegable persecución fujimorista (tan innegable como sus alianzas previas con ese mismo régimen), y, luego de una corta campaña, casi gana la Presidencia de la República: obtuvo el 46,92 por ciento de los votos, frente al 53,8 por ciento con el que ganó Toledo. 4'904.929 peruanos votaron por Alan García.

En el 2002, el Partido Aprista, con Alan García como su gran jefe, ganó doce gobiernos regionales de un total de veinticuatro.

Hoy Alan García aparece segundo o tercero en las encuestas que indagan entre la opinión pública por sus preferencias para la Presidencia de la República, aun cuando es cierto, también, que encabeza la lista de nombres por quienes los peruanos no votarían nunca, y que, en caso de haber una segunda

vuelta, la perdería, fuere quien fuere el opositor.

Nos guste o no, las señales de que un buen porcentaje de peruanos y peruanas quiere que Alan vuelva son inequívocas.

Y los que quieren que vuelva lo defienden abiertamente o entre líneas, con el argumento de que todo lo que se dice contra él es la suma de campañas antiapristas: la del fujimontesinismo, la de la derecha, la de Olivera y hasta la de *El Comercio*. Entre ellos hay también los que podrían ser considerados "respetables", y cuyo "alanismo" nadie podría calificar de interesado, calculado o un simple producto de la complicidad. Las aguas frente a Alan García no están, pues, partidas de la misma manera como frente a otros temas y personajes.

Si Alan García ha experimentado una metamorfosis positiva capaz de conducirlo a hacer un buen gobierno, es un tema que admite apuestas a favor y en contra, puesto que no sería el primer caso de un presidente que se reivindica en su segundo gobierno, aunque tampoco el primero de uno que la segunda vez lo hace mal o peor.

Las inconsistencias e incoherencias de sus planteamientos sobre la agricultura, los medicamentos, el tren eléctrico, la inversión privada y tantas otras cosas son también parte de lo discutible, y en todo caso el doctor García no tiene, en este asunto, el monopolio.

Hasta aquí, solo nos queda decir: que corra, que las elecciones sean libres, que la competencia sea en buena lid y que gane el mejor. Pero ocurre que el tema Alan García tiene otra cara

La República



*El pasado de Alan García debe ser parte del debate electoral y decisivo a la hora de votar.*

que hay que integrar al debate, tomando en cuenta que podría ser el próximo presidente de todos los peruanos del 2006 al 2011, después de Fujimori y de Toledo.

Todos sabemos que Alan García tiene en su contra gravísimas denuncias por la corrupción económica que hubo cuando fue Presidente, y que él evitó que se investigara hasta el final, cuando tomó la decisión de acogerse a la prescripción (el supuesto delito queda en nada por haber transcurrido un tiempo determinado sin ser juzgado).

Una salida jurídicamente válida, ya que la figura de la prescripción está prevista por nuestro ordenamiento legal, y porque le fue concedida por el Poder Judicial a partir de una sustentación (suscrita nada menos que por el actual presidente del Poder Judicial) con la que se podría debatir, pero que nadie podría calificar como carente de todo asidero jurídico.

Salida jurídicamente válida, pero no políticamente. Lo que correspondía a quien pretendía convertirse en presidente era admitir una investigación judicial que permitiese un pronunciamiento jurisdiccional sobre el fondo de los casos, después de procesos impecables desde el punto de vista de imparcialidad, independencia y garantías, y, además, supervisados por una atenta opinión pública.

No es por gusto que la tendencia moderna es al establecimiento de que la prescripción no pueda aplicarse a los delitos cometidos desde el poder político.

Si el argumento fuera que optó por la prescripción porque era la única manera de regresar al país inmediatamente y poder candidatar, García podría haberse comprometido a que, pasadas las elecciones, aceptaría algún tipo de mecanismo de investigación, como podría haber sido el nombramiento de una comisión de investigación constituida por personas libres de toda sospecha.

Y la vida le dio hasta una nueva oportunidad para decir "a mí que me revisen": cuando se encontraron los millones de dólares de Mantilla, una persona tan cercana a él.

Pero no lo hizo, y a estas alturas es iluso pensar que lo vaya a hacer, por lo que la duda subsiste: ¿habría resultado absuelto o hubiese sido condenado? Tema sensible, dado que la continuidad —o tal vez el reinicio— de la lucha anticorrupción debe ser uno de los compromisos asumidos por todos los contendores.

Punto relacionado con lo anterior pero que merece un tratamiento especial: ¿Alan García arregló con Montesinos para que la prescripción saliera en el Poder Judicial *ipso facto*, como fue el caso? Hubo una denuncia periódica al respecto que finalmente no fue investigada. Y no necesitamos explicar aquí lo grave que sería que tal conexión en realidad existió.

## Derechos humanos

Contra Alan García hay también serias denuncias por derechos humanos. Y no solo por la violación constante que de ellos hubo durante su gobierno, sino por casos muy concretos que lo comprometen directamente. Mencionemos solo dos: 1) La matanza de los penales, ocurrida en 1986. No olvidemos que la Corte Interamericana ha ordenado que la investigación judicial se reabra. 2) Los asesinatos del Comando Rodrigo Franco, cuya presencia en la estructura de la estrategia antisubversiva demuestra —según reciente libro de Ricardo Uceda— que era algo más que un grupo paramilitar. Asesinatos entre los que podría estar uno espantosamente opuesto a la fraternidad: el del mismo Rodrigo Franco. Es hora ya de que se investigue a fondo la denuncia formulada por su viuda, Cecilia Martínez del Solar, la que involucra otra vez al mismo Mantilla.

Es cierto que Alan García puede decir que la CVR encontró res-

ponsabilidad penal solo en el caso de Fujimori y que a él se le atribuye una responsabilidad moral y política; pero entre los cuarenta y siete casos que la misma CVR ha considerado "judicializables" están varios de los ocurridos en su gobierno.

Acá la salida podría ser relativamente fácil: que el Poder Judicial se pronuncie, como corresponde. Pero no podemos dejar de recordar esa parte de la vida que siempre nos agua la fiesta, como es la realidad nacional. El Poder Judicial actúa con lentitud, su capacidad de investigación es muy escasa, carece de especialización en los casos de derechos humanos y tantas cosas más que reflejan su crisis y necesidad de reforma total. Por si esto fuera poco, cada vez se comienza a hablar más del regreso de las influencias apristas en la justicia a través de una serie de mecanismos (retorno de magistrados destituidos por Fujimori, elección o nombramiento de apristas en cargos claves, nombramiento de magistrados afines, etcétera).

¿Cómo resolver la tensión entre la obligación democrática de reconocer que una parte importante del país quiere, a pesar de todo, a Alan por segunda vez como presidente, y esa otra parte de sus cuentas pendientes?

Desde el punto de vista jurídico, nada impide que Alan García pueda postular y hasta ser presidente, puesto que no tiene sentencia condenatoria o inhabilitación. Qué mejor prueba de ello que el hecho de que ya postuló en el 2001. Pero eso no impide que los peruanos recordemos que estamos ante un candidato que no ha saneado su pasado, y que, en consecuencia, tenemos el derecho de exigir que ese pasado sea parte del debate electoral y un elemento decisivo a la hora de votar. ■